



CARNAVALES CARNAVALES

MINGORRIA - 87



Piedra Caballera
Revista Cultural

Carnavales '87



Piedra Caballera

Revista Cultural de Mingorria (Avila)

1987

Carnavales



PRESENTACION

En un intento de reencontrarnos con nuestra Historia y nuestra Cultura pretendemos hacer destellar el Carnaval, de pronto, como afirmación de una necesidad en un mundo de agobiantes compromisos diarios.

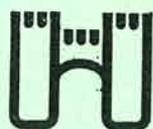
Desde estas páginas queremos redescubrir/recuperar el sentimiento festivo/lúdico que siempre ha caracterizado el ritual carnavalesco. Para ello nos adentramos en la historia de las civilizaciones a la búsqueda de un significado del fenómeno social que es el Carnaval. Posteriormente nos detenemos en Mingorría, punto de partida en este caso, de la revitalización de una fiesta que siempre le ha sido propia, también reflexionamos sobre el significado del Carnaval en Avila extendiéndonos al resto de la Comunidad de Castilla y León.

Este primer cuaderno dedicado a los cultos populares es ya cita obligada en fechas de Carnaval, para ello contamos con los estudios realizados por Julio Caro Baroja y la Historia que nos pertenece, lo demás quedará flotando en el aire los días de Carnestolendas.

Indice

Antecedentes del Carnaval	1
Orígenes del Carnaval	1
Un nombre de dudosa etimología	1
Hechos curiosos del Carnaval	1
Mingorría en Carnavales	1
Reflexiones acerca del Carnaval	1
Toros, ritos y subversión	1

COLABORA



CAJA DE AHORROS
DE AVILA

DIRECTOR COORDINADOR:
JESUS M^a SANCHIDRIAN GALLEGO

Carnavales



LOS ANTECEDENTES DEL CARNAVAL

Cabè pensar que el carnaval tiene orígenes remotísimos, y que se vincula con las fiestas religiosas que todos los pueblos celebraban para volver propicio el año nuevo.

Ya en el Antiguo Egipto, hasta el año 327 A.C., tenían lugar festejos que se realizaban con mascaradas. Un día prefijado recorría las calles un buey con los cuernos pintados, adornado con borlas y cubierto con un brocado finamente trabajado, llevando un muchacho en ancas. Detrás, cantando himnos, lo seguía una gran muchedumbre de hombres, mujeres, viejos y jóvenes, con disfraces y máscaras. Durante siete días tenían lugar las fiestas públicas, los banquetes, las danzas, las comparsas, hasta el momento en que se sacrificaba el animal, acompañado por las oraciones de los sacerdotes.

Esta tradición, que se ha comprobado que existía también en Nubia, en Etiopía y en Mesopotamia, se transmitió a Grecia con el nombre de *Bacanales*. Un hombre, disfrazado de dios Baco, con la frente coronada por sarmientos y racimos de uva, iba sobre un carro tirado por bueyes mientras, hacinados por las calles, hombres y mujeres disfrazados cantaban y danzaban licenciosamente. Dichas fiestas pasaron a Roma donde, con otro nombre, *Lupercales* o *Saturnales*, sobrevivieron hasta el año 492 de la era cristiana, cuando el papa Gelasio I las suprimió y las sustituyó con la fiesta de la Purificación de la Virgen o Candelaria que, como muchas otras festividades religiosas, es la sustitución de un rito pagano por un rito cristiano. Según otra versión, es probable que la Candelaria se haya superpuesto a la fiesta que se celebraba en honor de Ceres por parte de las mujeres paganas, llevando antorchas y velas encendidas, siempre a mediados de febrero.

Carnavales



De todos modos, las fiestas lupercales, después de un breve paréntesis, resurgieron bajo el gobierno de los longobardos y resistieron hasta el año 625. Las lupercales, que según algunos fueron instituidas por los mismos Rómulo y Remo en honor de la loba que los había amamantado, comenzaban el quinceavo día del mes de febrero: durante siete días se suspendía toda actividad, se cerraban los negocios, las escuelas y los tribunales; se abrían los circos; por las calles circulaban carros tirados por animales enjaezados caprichosamente y pasaban desfiles y comparsas; se indultaba a los reos; los amos servían a la mesa de sus criados; los esclavos podían insultar a sus amos y circular borrachos por las calles.

En su origen, las *Saturnales* habían surgido como ceremonias para favorecer la fecundidad; los sacerdotes de las lupercales, totalmente desnudos, corrían por las calles azotando con una tira de cuero de cabra a todas las mujeres que encontraban, las que salían expresamente para hacerse azotar.

Siempre en ese mismo período del año, tenían lugar otras fiestas típicamente romanas, tales como las *Quirinales*, en honor de Rómulo (17 de febrero) y las fiestas en honor de la diosa *Fornace* (horno), la diosa de los panaderos (18 de febrero). En los primeros siglos de la era cristiana, todas estas fiestas ya habían perdido su significado original y habían ido adquiriendo cada vez más los rasgos de las fiestas plebeyas, caracterizadas por el libertinaje y la obscenidad más desenfrenados.

ORIGENES DEL CARNAVAL

Cabe pensar que ya en el segundo siglo después de Cristo se haya completado el proceso de adquisición de la cultura y de la civilización romanas en todas las provincias del imperio. Sin embargo, las mismas costumbres romanas, una vez que entraron en contacto con otras civilizaciones, se modificaron. La fiesta de las Calendas de enero, por ejemplo, en Galia se transformó en una extraña y caprichosa mascarada: los hombres llenaban vestidos femeninos o se cubrían con cueros de perro, de caballo o de ciervo y, escoltando carros alegóricos, llenaban las calles permitiéndose mil licencias y dando lugar a un espectáculo desenfrenado de toda clase de obscenidades. Como ya había sucedido con otros ritos paganos, la Iglesia, deseosa de extender su control a todos los aspectos de la vida, trató de dar cabida en su ceremonial, retocando un poco las formas, a estas manifestaciones desordenadas que seguían resistiendo en la tradición popular. Así, las distintas bacanales fueron vueltas a bautizar con distintos nombres según los lugares, tales como *Fiesta del Asno*, *Fiesta de los Locos*, *Carnaval*, pero conservando esencialmente su carácter de fiesta de la transgresión y de la inversión del orden de las cosas. La Fiesta del Asno consistía en una curiosa mezcla de lo sagrado y lo profano: una hermosísima jovencita cabalgando un asno, conmemorando la huída a Egipto, era acompañada por una procesión de pueblo y de clero hasta la

iglesia, en la que luego se celebraba una especie de misa bufonesca. En la Fiesta de los Locos se elegía un Papa juglaresco y se lo llevaba a caballo por las calles, precedido por un buey gordo, entre una gritería desmedida y bromas de todo calibre. San Ambrosio mismo prolongó tres días más el carnaval de Milán.

En los siglos X y XI el Papa en persona tomaba parte en el carnaval: desde las distintas iglesias salían procesiones alegres que convergían en la iglesia de San Juan de Letrán: iban encabezadas por el sacristán, que llevaba estola y la cabeza ceñida por una corona de flores, de entre las cuales asomaban dos cuernos de chivo; caminaba agitando una vara llena de campanillas y le seguían el cura y todos los parroquianos. Cuando todas las parroquias habían llegado, el Papa salía de su palacio y, junto con los cardenales, entonaba el *Deus ad bonam horam*, un himno burlesco e incoherente, mezcla de griego y latín groseros, que era la señal de que la fiesta comenzaba. Rodeados por la muchedumbre, los sacristanes daban entonces comienzo a un baile que acompañaban con el tintineo de los cascabeles; un cura montaba un asno al revés, asiéndolo por la cola, mientras los demás, esparciendo guirnaldas de flores, se dirigían hacia el Papa quien, después de recibir algunos dones simbólicos, impartía la bendición apostólica al pueblo, antes de que éste se esparciera por las calles de la ciudad a celebrar la acostumbrada fiesta del desorden. A semejanza de lo que sucedía en las fiestas dionisiacas, la Fiesta de los Locos, en Francia, llamada también Fiesta de los Inocentes, comenzaba en las primeras horas de la madrugada. La gente se propasaba en las casas, en los conventos, en las calles.

Carnavales



Eclesiásticos y canónicos no dejaban de tomar parte en las bromas más obscenas y groseras. A veces dejaban que los llevaran por las calles o a la iglesia totalmente desnudos, y en la iglesia, en la pila bautismal, se sometían a una especie de parodia del bautismo, dejándose echar encima agua fría y aceptando las bromas más indecentes. También frailes y monjas se abandonaban a los goces licenciosos del carnaval. En una crónica del s. VII se habla de una abadesa del monasterio de Poitiers que, en el período anterior a la Cuaresma, jugaba a los dados y organizaba en su convento cierto tipo de representaciones con máscaras impúdicas. Entre los ingredientes del Carnaval no podía faltar la danza y, aunque los padres de la Iglesia la habían condenado como fuente de pecado, se abandonaban gozosamente a la misma diáconos, clérigos y curas, mezclándose con el pueblo de fiesta. Quienes pertenecían al clero se disfrazaban de mil maneras, inclusive de mujer; diáconos y clérigos comían fiambres y salchichas sobre el altar. Las monjas organizaban bailes en los conventos.

No debe asombrarnos que los lugares sagrados se transformaran en teatros, puesto que en la mentalidad medieval la vida entera giraba alrededor de la iglesia, la que representaba el lugar en el que se proyectaban alegrías, esperanzas y dolores, y no se consideraba sacrilego abandonarse a las diversiones más desenfrenadas aun cerca de los altares. Sin embargo, no faltaron quienes, a lo largo de los siglos, levantaron su voz para condenar agriamente dichas costumbres, como Clemente de Alejandría y Juan Crisóstomo. Más adelante, el Papa Inocencio III sintió el deber de emitir una bula para

Carnavales



expulsar de las iglesias los espectáculos, los juegos y las comparsas y prohibir que los eclesiásticos «tomaran parte en las locuras y en las chanzas». Pero a pesar de la bula, la fiesta siguió subsistiendo entre lo sagrado y lo profano. Por otra parte, en el calendario litúrgico cristiano, se trata de un período que precede y prepara la cuaresma, la que, a partir del miércoles de cenizas, designa un período de cuarenta días de expiación y de penitencia, a la espera de la Pascua. El carnaval y la cuaresma se presentan, pues, como opuestos, pero son en cierto sentido inseparables.

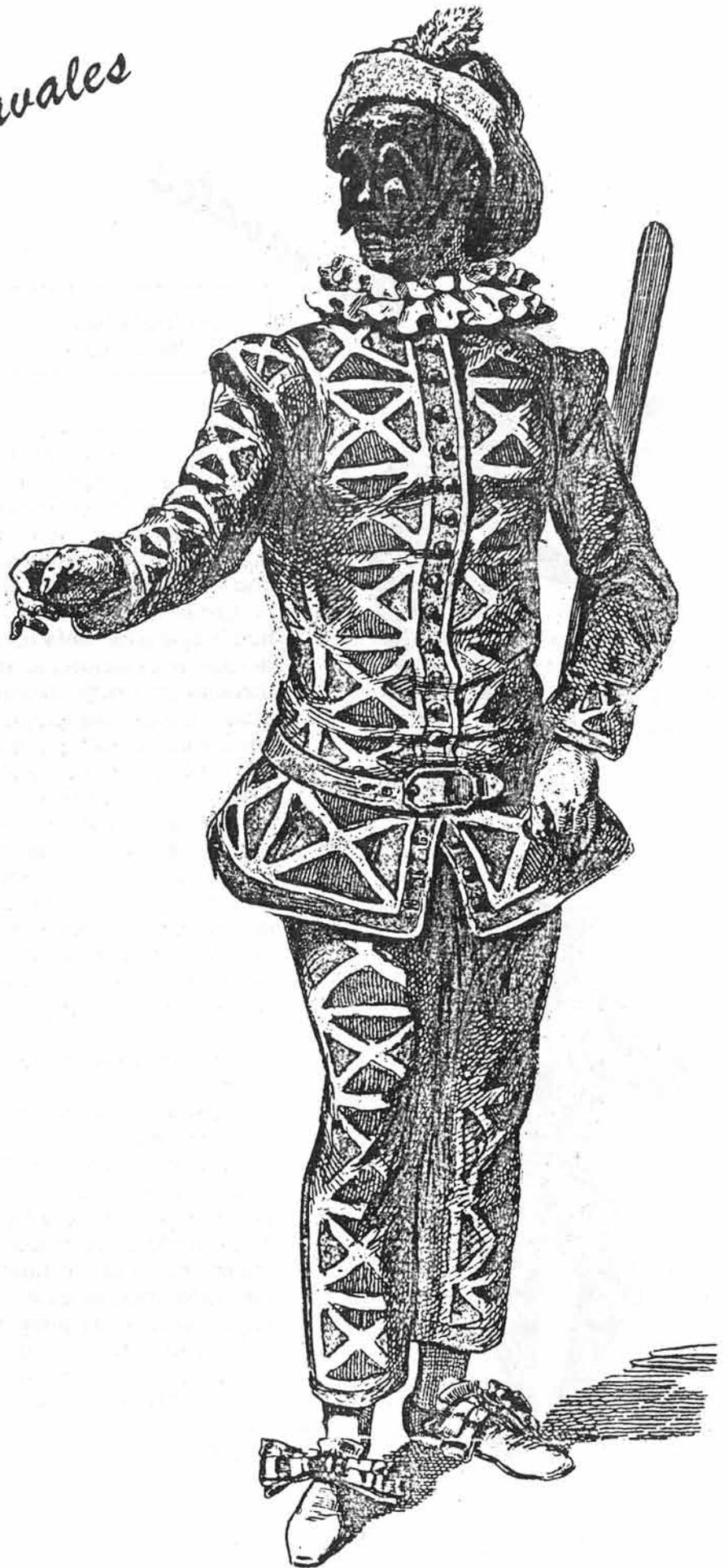
Carnavales

UN NOMBRE DE DUDOSA ETIMOLOGIA



El término *carnevale* o *carnovale*, según algunos, estaría formado por *carne* y *vale*, o sea, adiós a la carne, puesto que las parrandas y las locuras carnavalescas serían un adiós a los placeres antes de que llegue cuaresma con sus ayunos y su mortificación de la carne. Según otros, es poco probable que una fiesta tome su nombre de su finalización, a menos que se designe con este nombre tan sólo el último día de diversiones; según éstos, sería más probable que derive de *carnis levamen*, o sea, alivio de la carne. Esta forma concordaría con el antiguo *carnesciale* o *carnasciale*, o sea, derroche de carne, que, sin embargo, podría a su vez derivar de *carnem laxare*, o sea, dejar de comer carne, lo que volvería a llevar el problema al punto de partida. Otros proponen *carnalia*, otros más, *carnisprivium*. Tal vez la hipótesis más digna de consideración sea la que pone en relación el origen del término con el latino *carnem levare*, o sea, con el cumplimiento del precepto eclesiástico que manda abstenerse de comer carne a partir del miércoles de cenizas. Que dicho período tome su nombre a partir del período opuesto que lo niega, es menos paradójal de lo que parece a primera vista, si se considera que el ápice de los festejos se da en los días inmediatamente anteriores al período de cuaresma. Esta hipótesis estaría sustentada, además, por el nombre que se le da en francés a la personificación de dicha fiesta, *Caramantran* (*Carême entrant*).

10
Carnavales



HECHOS CURIOSOS DEL
CARNAVAL DE TODOS LOS
TIEMPOS Y DE TODOS LOS PAISES

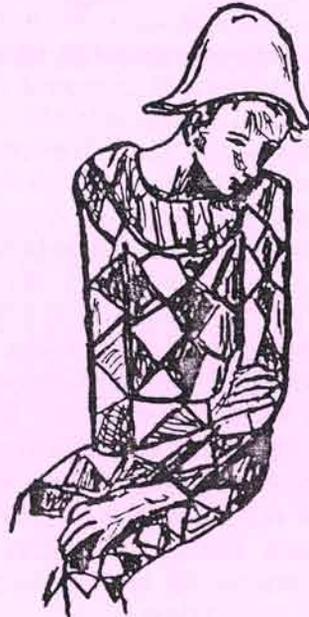
Carnavales

- En los antiguos carnavales existía casi en todas partes la deplorable costumbre de arrojar a la cara de los transeúntes huevos y fruta podrida, o de ensuciarles la ropa con polvo de yeso o agua sucia. Con este motivo, el Capitán de Justicia de Palermo emitió un edicto en febrero de 1499 en el que se prohibían dichos excesos. Otro edicto de 1518 prohibía a todos, adultos y niños, que tiraran naranjas u otras cosas, mientras que a las mujeres se les permitía arrojar agua desde las ventanas a los transeúntes, siempre que fuera agua limpia.

- En Milazzo las esposas aprovechaban el carnaval para poner a prueba la fidelidad de sus maridos, e iban a buscarlos disfrazadas, para tentarlos de mil maneras.

- Se sabe que en Florencia, en el s.XVI, todos los martes y viernes de las últimas semanas de carnaval, por bondadosa concesión de Su Alteza Serenísima, el público tenía libre acceso al teatro anatómico de Santa Maria La Nuova, donde podía asistir a clases de anatomía, *con el cadáver presente* y con su correspondiente descuartizamiento.

- En el s. XVI vivía en Ferrara un artesano llamado Figotto, famoso por sus chanzas y sus burlas. Todos los años, desde el día de San Esteban hasta el último día de carnaval, por orden de Alfonso II, tenía que mantener cerrado su taller y pasearse por la ciudad vestido de juglar, inventando siempre bromas nuevas; por esta tarea recibía del duque muchos escudos, además de la comida para sí y para toda su familia.



Carnavales



- Se cuenta que un turco, después de haber estado en el carnaval de París, escribió a un compatriota suyo en estos términos: «Los franceses son realmente gente rara: después de haber alcanzado el nivel más alto de locura, recobran de golpe la razón, en cuanto se les pone sobre la frente un puñado de cenizas».

- El carnaval holandés era famoso por el desenfreno de hombres y de mujeres en dicha ocasión. Edmundo De Amicis, en un reportaje suyo desde Holanda, sostiene que escuchó decir a muchos médicos que: «Este año no tendremos muchas nodrizas porque las kermesses del año pasado no fueron muy animadas».

- En Alsacia y en Wutemberg, el lunes de carne era sagrado para las mujeres, que se transformaban en dueñas de la ciudad durante todo el día, mientras que los hombres tenían que quedarse en casa y no podían siquiera mirarlas desde las ventanas. Las mujeres invadían el ayuntamiento, donde se enjuiciaban recíprocamente, mientras que el burgomaestre y los consejeros, los únicos hombres que se admitían, tenían que servirles cerveza y salchichas. Por la noche se producían peleas terribles en las casas, porque las mujeres volvían completamente borrachas.

- Arlequín no nació en Bérgamo o en Venecia, como muchos creen, sino en París. Ya en la Edad Media Francia tenía su Hellequinus, con el que se vincula muy probablemente el Alichino de Dante, si bien su primer origen, más remoto, haya que buscarlo en el *Centunculus* latino.

- En el s. XII, entre los goces del carnaval romano, el Papa quiso poner el de la ejecución de los condenados a muerte, que tenía que tener lugar el martes de carne, con el verdugo vestido de Polichinela.

- En París una broma de carnaval muy habitual era la de arrojar a la calle monedas junto con pedazos de hierro candente. Los niños que se abalanzaban a recoger las monedas se quemaban las manos, y ello era enormemente divertido de ver.

- La etimología de la palabra máscara es dudosa: según algunos, proviene del término longobardo *maska* que significa el alma del difunto, según otros, del árabe *maskara* que significa bufón.

- El Papa Alejandro VI quiso mejorar el carnaval romano agregando un certamen a los que ya existían: la carrera de las prostitutas, cuyo recorrido iba desde la Pirámide de Borgo hasta San Pedro.

Carnavales

La fiesta de los Carnavales en Mingorría

La apariencia exterior, ropaje y vestimenta, de la gran parte de los habitantes de este pueblo se vuelve "graciosa" y "extravagante" en días de Carnestolendas. Mezcla del sentido pagano y religioso que no se alcanza a comprender surge en una fiesta lúdica de excesos y divertimento.

Los más mayores del lugar recuerdan con pasión los días anteriores a la Cuaresma donde el disfraz se constituye en "motivo" festivo. Se desconoce el origen y el principio de la fiesta de los Carnavales en Mingorría, y se ignora cuando el pueblo integra esta fiesta en costumbres y tradiciones.

En Mingorría, quizás como en la mayoría de los pueblos, el recuerdo de los Carnavales se pierde en el tiempo y no sabríamos precisar el momento en que por primera vez se comienza el ritual festivo profano por excelencia.

Por otro lado, si tenemos que buscar una justificación sociocultural a estos acontecimientos y para ello recurrimos a los hombres y mujeres de este pueblo que antaño protagonizaban la fiesta de los Carnavales, simplemente encontraremos como respuesta "el divertimento". Son las "ganas" de divertirse, pues, la razón última de estos días. Qué mejor excusa entonces para utilizar el disfraz y la máscara como formas de expresión de una fiesta tan peculiar.

En la actualidad se ha perdido el espíritu festivo y lúdico que siempre ha caracterizado el Carnaval de Mingorría, desgraciadamente como en otros muchos pueblos, y es por ello que tenemos que recurrir a la memoria de los mayores si queremos conocer su historia vivida y sentida.

Así pues, retrocediendo en el tiempo, los hombres nacidos en el medio rural, agrícola y ganadero por excelencia, solían estar desocupados durante el mes de febrero. Los rigores del invierno y la escasez de trabajo en las faenas agrícolas eran determinantes de una situación ociosa predispuesta al divertimento. La perspectiva que ofrecían los días de Carnaval entonces era la mejor oportunidad de trastocar el mundo y olvidar por un momento sus penurias, y qué forma más idónea de hacerlo que cambiando de identidad con música y vino. Y por unos días los ricos se hacen pobres, los villanos se convierten en nobles y los servidores en gobernantes, etc. muchas veces en un intento de liberar sentimientos reprimidos o ideales perseguidos, y siempre en una conjunción de diversión/subversión.

Carnavales

La permisividad consentida en estos días se mostraba en ropajes desastrosos e insulsos unos, y originales y vistosos otros. Así podrían verse por calles y esquinas payasos, "tontos", fantasmas, cavernícolas, curas y monaguillos, negros, mujeres que son hombres y hombres que son mujeres, tenientes del ejercito que son quintos, enfermeros de la cruz roja, etc.

Otros como momias se embalsamaban con cuerdas y lías.

Para la confección de los trajes se recurría a los viejos baules y arcones que guardaban ropas de varias generaciones, chaquetas, sombreros, mantones de manila, uniformes de algún pariente que estuvo en el ejército o fuera guardia civil, sotanas del tío que fue cura, monos del hermano que trabajaba en una fábrica de la ciudad, vestidos de los más pequeños para los mayores y trajes de sevillanas y de torero para los más pequeños, pieles de animales, ropa negra de las abuelas para los mozos y zapatones del padre que se ponía el niño, etc. Lo demás era cuestión de imaginación.

El plumero del casco de un soldado y unos pantalones colorados era el traje de un numeroso grupo de mozos que se turnaban el disfraz de unos a otros.

La Iglesia como "Institución" solía ser objeto de bromas en simulaciones de oficios religiosos.

Otros se rodeaban de numerosos perros como valientes domadores. Alguno había que se colgaba un besugo a la espalda como cita obligada de presencia en la fiesta.

Un disfraz, que no hacía mucha gracia a algunas mujeres, era el que pretendía representar la miseria, se trataba de convertirse en un "pobre" o mendigo cuando en realidad muchos lo eran.

También aparecían vendedores de periódicos, sólo bastaba un cucurucho de cartón en la cabeza y un montón de diarios atrasados bajo el brazo.

Para los niños se organizaba un baile donde ellos orgullosos lucían los más esmerados disfraces de las fiestas, trajes regionales, maletillas, pastorcillos, etc.

Los más ágiles y equilibristas se paseaban en zancos de madera, y su figura estilizada resultaba llamativa.

Muchas señoras se engalanaban con mantones, collares, pendientes y otras joyas muestras de la orfebrería tradicional y popular, sus trajes los típicos de la Sierra Abulense y Ojos Albos, en medio se encuentra Mingorría.

En todas las plazuelas se organizaba o improvisaba el baile al son de la dulzaina y el tambor, también el organillo. Ultimamente en los salones del tío Fausto y el tío Simón sonarían las orquestas de la época, y en alguna ocasión dos tapaderas de hierro harían las veces de platillos musicales.



Carnavales



Durante los días de Carnával los mozos apenas si dormían, ni pisaban por casa. Cada mañana no podía faltar el chocolate caliente con churros.

Los quintos recorrían las casas recogiendo huevos, longaniza y otras dádivas que después comían en casa de uno de ellos. Y en estas fechas las amas de casa hacían bollos, hojuelas, flores, rosquillas, huesillos y retorcidos, en una gran variedad de repostería que hacía las delicias de los golosos en vísperas de tiempo de ayuno.

La participación de la mayoría del pueblo, pequeños y grandes, era una de las peculiaridades de la fiesta de los Carnavales.

Pero llegó la Guerra Civil Española, y con ella se modificó el ritual pagano, y quedaron prohibidos los carnavales a partir de la posguerra. Así, en vísperas de Carnaval, el alguacil pregonaba por las calles la prohibición terminante de celebrar fiesta alguna de orden del Sr. Gobernador Civil de la Provincia, aunque a pesar de todo la gente continuaba divirtiéndose utilizando el disfraz como mejor forma de hacerlo.

Como consecuencia de la nueva situación sociopolítica del país, de prohibiciones y censura, dejaron de utilizarse máscaras y caretas, ni siquiera se podían desfigurar los rostros con pinturas o carbón, tampoco se criticaban las Instituciones que antaño fueron objeto de mofa o burla.

En alguna ocasión un "mozo" se disfrazó de socialista, como si esta ideología tuviera algún disfraz o traje característico. Una corbata encarnada era suficiente para identificar a los "rojos" y por tanto motivo de persecución. Así pués a punto estuvo de ser confinado a quien se acusó de disfrazarse de socialista.

También los padres que permitían a sus hijos menores enmascararse eran llamados al orden por la Guardia Civil.

Por lo demás la fiesta de los Carnavales continuó celebrándose. Y murió Franco y desapareció el pregón que daba el alguacil prohibiendo la celebración de fiesta alguna. Y como si faltara el aliciente de lo prohibido, poco a poco desaparece el espíritu festivo de los mingorrianos.

Ahora parece llegado el momento de revitalizar una fiesta que siempre ha caracterizado nuestra tradición cultural.



Jesús M^a Sanchidrián Gallego

REFLEXIONES ACERCA DE
el carnaval

Belén Jiménez "Colectivo Cultural La Tarasca" (Avila)

Apenas unos esbozos de sonrisas, un olor a baúl reconquistado, pequeños trapos viejos desentumediéndose en el aire . . .

Son recuerdos que guardo desde niña, de esa palabra oculta que se pronunciaba bajito. Aquella pequeña cara de una niña del barrio pintada con tímidos colores, y adornada con pendientes de moza, o aquella otra niña vestida con un traje de olor a naftalina. (Algunas madres valientes desafiaban la orden). Porque lo que habían hecho los abuelos nunca pudo ser malo . . ., y los abuelos nos contaban cosas de disfraces, de cuando en el pueblo todos corrían delante de las máscaras con cuernos y cencerro (pequeños minotauros perpetuados).

Y nunca hicimos Carnavales, ni en el colegio, ni en la calle, pero siempre, cuando iba acercándose la cuaresma, resucitaba en el aire la palabra, y andaba entre la gente, como un rumor, como un eco, y quizás como una muerta esperanza.

Después, y a pesar de todo crecimos, y descubrimos que las fiestas las elegimos entre todos, que no deben ser unos pocos los que decidan si es lícito o no es lícito, que la decisión es de todos. Y decidimos que sí es lícito VIVIR, aunque otros lo nieguen, y que vivir es jugar, y que jugar es ser, porque la vida tiene un gran sentido lúdico que la libera de la propia vida.

Y ahora, después de crecer, reivindicamos aquella palabra que oíamos con miedo, que sonaba a bufones y damiselas con antifaz. Reivindicamos el Carnaval, las máscaras y las fiestas profanas, porque son nuestras fiestas, las que todos podemos teñir de colores, de música, de danza, ya sin el miedo de la represión y la ignorancia. Porque somos, y el ser significa poder construir algo con nuestras propias manos, hartos ya de tanto como se nos da hecho, sin interés, ni valor, ni siquiera belleza.



Carnavales



Reivindicamos ser y no ser tras la máscara, queremos ir lejos en Carnavales, ir donde no pudimos y volver donde estuvimos, ser lo que somos y alcanzar lo que nos gustaría ser. Sonreír. Un alto en el camino. Sonreír para soportar mejor después, todo aquello que nos cierra la sonrisa. Saltar y gritar, acumular energías para, también después, intentar cambiar todo lo que nos impide saltar y gritar en cada mediocre día.

Y Avila, nuestro lugar de históricos ritos, hoy es lugar también de jóvenes latidos, y Avila quiere salir a la calle, y teñir las grises piedras con colores, y que no sean en el aire sólo silencios de siglos, que los siglos griten y salten perpetuando la tradición, que a poco que nos hubiésemos descuidado hubiera muerto . . . de tanto no sentirse viva. ●

Carnavales

TEMAS

DE CASTILLA y LEÓN

Oficina del Portavoz
de la Junta de Castilla y León.

TOROS, RITOS Y SUBVERSION

Entonces el hombre se siente libre; se despoja de sus prejuicios, sus represiones, se desinhibe, exhibe con naturalidad instintos ocultos durante el tiempo de la rutina, ridiculiza a sus semejantes a las instituciones a sí mismo; para salvaguardar su identidad frente a los demás desfigura su cara, se viste con ropas inusuales, se instala tras una máscara provisional y vive unos cuantos días como si no fuera él. Se lo permite el carnaval, la fiesta pagana más importante y arraigada del año, que se celebra unos días antes del inicio de la Cuaresma, tiempo en el que la Iglesia Católica, a lo largo de siglos obliga al ayuno y muchas abstinencias. Entonces el hombre, para prevenirse de esos cuarenta días se emborracha de subversión.

El carnaval, pese a los muchos periodos en que ha sido perseguido y prohibido, ha permanecido en muchas localidades de Castilla y León, conservando el espíritu lúdico y subversivo de siempre.

Vamos a intentar hacer un breve recorrido descriptivo de los carnavales más representativos de Castilla y León. Seguidamente no están todos los que son, sería interminable describir los de todas las localidades. Pero en el conjunto de los que contamos aparecen todos los elementos del carnaval: la máscara, el disfraz, la picardía, la sátira y la crítica, el toro, el animal degollado que simboliza al reo culpable de todos los males individuales y colectivos y la fiesta irreverente y participativa.

CEBREROS RONDON

Hasta el año 1977 las gentes de Cebros tuvieron que cambiar el nombre de sus carnavales para que la autoridad gubernativa les permitiera celebrarlos. Los cebroreños, que se ampararon bajo la denominación de «Festivales de Invierno», se vistieron un día todos de luto y reclamaron ante el Ayuntamiento su derecho al disfraz, la alegría y la burla. Nadie pudo impedirles, como nadie lo había conseguido antes ni siquiera la peste, iniciar las celebraciones el viernes anterior al miércoles de ceniza. Y a partir de 1977, continuando con la vieja tradición, todos los viernes de carnaval, a las siete de la tarde se reúnen para escuchar el anuncio del comienzo de la fiesta.

Carnavales



El sábado, a las doce de la mañana, la gente de Cebreros y la multitud que se acerca desde Madrid, presencian un espectacular desfile de carrozas que bajan desde la parte alta del pueblo a la plaza con motivos alusivos a los principales acontecimientos del año. La tarde y la noche, como el resto de los días hasta el inicio de la cuaresma, las gentes, enmascaradas o no, bailan la jota del Rondón y beben el vino de la tierra de una cuba instalada en el centro de la plaza hasta la madrugada.

Hasta las diez de la noche las mozas y mozos de Cebreros visten los mejores y más valiosos trajes, algunos de los cuales alcanzan un valor de más de trescientas mil pesetas.

Al margen de los actos oficiales, los jóvenes se asocian en agrupaciones y viven a su aire la fiesta con la participación de todo el que quiera.

El miércoles de carnaval, sumidos en el cansancio y la resaca, los cebrerenses realizan el entierro de la sardina hasta que fenecen la última jota del Rondón.

LA BAÑEZA

Con el título de «El desmadre padre del martes más largo del año» se vienen anunciando últimamente las fiestas de Carnaval de La Bañeza. Allí han dado un impulso nuevo, tras la prohibición, Estanislao Berciano («El Moreno»), Jesús María del Riego («Rama») y Julio Núñez («Boño»). Ellos han provocado que durante cinco días, las fiestas de invierno se conviertan en «desmadre». La tranquila ciudad provinciana, sosegada y pacífica, de vida rutinaria y silenciosa, se despierta un día bulliciosa, entre desfiles

multitudinarios, disfraces, charangas, comparsas de cornetas y tambores, que terminan el martes de carnaval con el desfile denominado «el desmadre».

Desde el viernes, según recuerda el poeta bañezano Antonio Colinas, la alegría «brotó de la fuerza pujante y telúrica del medio natural en estas fiestas de invierno que se pierden en la noche de los siglos». «El carnaval —continúa— instaura la alegría y renueva la ancestral vitalidad de un pueblo que se abre a la primavera».

Feroces pugnas entre el dislate y el disparate, entre el Mono y la Cuaresma, entre Quijotes y Sanchos, entre bombos y platillos han reconocido tronío a los carnavales bañezanos, que se inician el viernes con el pregón y la cena de exaltación; el domingo está dedicado al carnaval del año anterior y los participantes en desfiles y comparsas visten los mismos trajes del último carnaval; el lunes está dedicado a los niños, mientras que el martes reúne a más de una treintena de grupos y peñas en ese desfile interminable del «desmadre». En estos días, entre bailes y coplas, entre el vino y la burla, los bañezanos recuerdan a cada instante que «no hay gracia, marcha ni salero como la que tenemos los bañezanos durante el año entero».

El entierro de la sardina pone fin al periodo de licencia y desenfreno. Se trata de un rito esperpéntico, jocoso, serio y macabro a un tiempo, que finaliza cuando alguien reza el epitafio de la sardina que «falleció víctima de un sofocón bailando la raspa cotidiana, a las 1.101 y pico agallas de edad, habiendo recibido los cantos jaraneros y la bendición lícrica de rigor».

Carnavales



EL «FERBIDO» VINO DE PONTERRADA

Pese a que los carnavales de La Bañeza son los más populares y concurridos de la provincia de León, otras localidades como Ponterrada han recobrado sus viejas tradiciones y celebran a su modo la fiesta. Aquí se inicia en la Plaza del Ayuntamiento con el reparto del «ferrido», un vino cocido con hierbas aromáticas elaborado al modo tradicional. El carnaval berciano tiene como acto más significativo la representación del «Entroito» cacabelense, que recoge cuadros y costumbres bercianas de principios del siglo XIX. Este año la representación corre a cargo del grupo «La Carcoma» y tiene como marco la plaza de Lazúrtegui y las calles de la ciudad.

CIUDAD RODRIGO, EL CARNAVAL DEL TORO

El carnaval de Ciudad Rodrigo, uno de los más populares de Castilla y León, es totalmente distinto a los demás. Aquí el toro, que constituye para la zona una de las principales fuentes de riqueza, sustituye a todo.

Y quizás esta peculiaridad taurina haya sido la causa por la que los carnavales mirobrigenses no se hayan interrumpido nunca.

Los preparativos comienzan cuando finalizan los del año anterior. Junto a la preparación del libro correspondiente a la edición anterior, los mirobrigenses inician el año pensando en el carnaval.

En enero empiezan y las tientas de preselección del Bolsín Taurino, después se celebra la gran final con los novillos preseleccionados de donde salen los triunfadores. El triunfador y el primer clasificado lidian cuatro toros el domingo de carnaval y el tercero y cuarto intervienen en la corrida del lunes.

Los encierros se inician el viernes con mansos exclusivamente «para enseñar-

les el camino de corrales y chiqueros»; el sábado, a mediodía, nuevo encierro con los toros que serán lidiados en la corrida de la tarde; el domingo, nuevo encierro, esta vez a caballo, para continuar con una corrida-prueba en la que se lidiarán tres toros; el lunes, de nuevo encierro y corrida; el martes, madrugón para correr el toro del aguardiente.

Al finalizar las corridas del sábado por la tarde y las de la mañana y tarde del domingo, lunes y martes, todos los toros corridos al tradicional estilo por aspirantes y aficionados, desandan el camino, desde la plaza a los corrales en vistosos desencierros.

Junto a los toros, se celebran bailes de disfraces y desfiles de charangas y mogigatas, grupos de humor y máscaras, que además están presentes en cada uno de los festejos taurinos. Pero lo que nadie debe perderse es el denominado «almuerzo interpeñas» en el que se preparan centenares de kilos de tocino, panceta y longaniza, a la brasa, para ser degustados al instante con pan y vino para todo el que se acerque.

«PALEO» DE MIRANDA DEL CASTAÑAR

El domingo, todos los hombres de Miranda del Castañar, solteros o casados, «huyen» de sus respectivos domicilios a corrales, almacenes o casas viejas, donde montan durante unos días su domicilio carnavalesco. Desde allí programan sus danzas y regodeos.

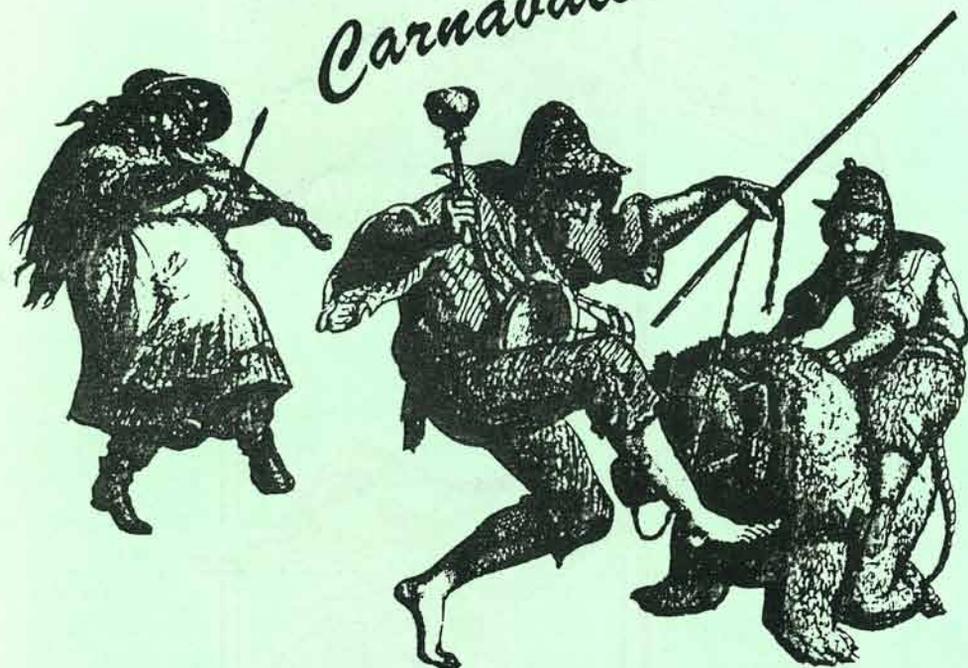
Animados, recorren el pueblo con cántaros llenos de vino, invitando a la población. El baile no cesa desde la mañana hasta la hora del «paleo», momento en que se apartan las mujeres y el tamborilero y al ritmo de una vieja danza serrana los hombres se pegan palos hasta el último retoque de tamboril.

«La Torá», un simulacro de toro dirigido por hombres, que además es característico de los carnavales de otras muchas localidades que no citamos aquí, es otro de los platos fuertes de esta fiesta de Miranda del Castañar, sobre todo por el miedo que pasan algunas mujeres cuando el artefacto arremete contra ellas.

Durante estos días es típico en la zona comer el «limón», una mezcla fría, aliñada de carne asada, huevo cocido, chorizo y limón.

Con el entierro de una buena loncha de tocino —sustituto de la sardina— y el rito femenino de limpiar las sartenes hasta la Pascua, finaliza el carnaval.

Carnavales



LAS «CARICIAS» DE TORO

Desde 1590 existen referencias históricas de las características del carnaval de Toro. Una sentencia sobre un pleito para la construcción de un convento en las proximidades de la Plaza decía: «no se puede hacer ni edificar iglesia o convento alguno dentro del espacio de trescientos metros cuadrados en lugar tan perjudicial y dañoso, por ser un lugar público donde suelen convivir la mayor parte de la juventud y gente de dicho pueblo con danzas, bailes, voces y canciones lascivas y deshonestas, que por fuerza dañarían la moral de estas monjas y lo cual es grandísima indecencia...».

Hasta 1935, los «señores» se concentraban con sus disfraces y murgas en el casino; en la plaza de toros lo hacían los arrieros y las criadas; en el teatro Latorre, los labradores. Este gremialismo sirvió para mantener viva la tradición en los malos tiempos. Cuando estos pasaron no fue necesario otra cosa que sacar el carnaval a la calle.

El carnaval de Toro, como la mayoría, se basa en la máscara, las fanfarrias y el mantenimiento de las viejas tradiciones. Una de ellas, la «caricia», se mantiene: los enmascarados envuelven una porra con un papel de periódico y «acarician» a quien no tenga máscara. «Lógicamente, y usted no debe enfadarse al pensar que le han dado con un palo».

Las fiestas se inician el sábado con la salida de las primeras rondallas. El «domingo gordo» desfilan las bodas y circulan de mano en mano y de boca en boca las coplillas que con sarcasmo y humor narran los acontecimientos más importantes del año. Las bodas están formadas por ficticias parejas de novios, con todo su acompañamiento y boato, suficientemente camuflados con máscaras y disfraces. El propio ayuntamiento, pese a que suele ser el blanco de las críticas más mordaces, otorga premios a los disfraces y grupos más originales: sesenta mil reales para el primero, treinta y dos mil para el segundo, y dieciséis mil para el tercero. ●

COLABORADORES

Carnavales


**EXCMO.
AYUNTAMIENTO
DE
MINGORRIA**



CAJA RURAL
PROVINCIAL DE AVILA



**JUNTA DE CASTILLA
LEÓN**
Delegación Territorial de
Educación y Cultura de
Avila